SESENTA AÑOS DESPUÉS, CON EL PADRE MORÁN POR TIERRAS DE GUIJUELO, BÉJAR Y EL CERRO DEL BERRUECO

J. Francisco Fabián
Arqueólogo

Quiero imaginarme al padre Morán aquel día de primavera, probablemente de principios de junio, viajando de Salamanca a la zona de Béjar en busca de arqueologías, a mediados de los años cuarenta del siglo XX. Era a finales de mayo o principios de junio porque es cuando podía ver los campos de cereal, la mies, como él la llama, mecidos por el viento, tomando con los prados el verde esmeralda que le emociona. Da otra pista más: su alusión a las escobas en flor amarilla que coloreaban (y perfuman) las laderas de los montes desde Sorihuela ya hasta Béjar; escobas y piornos que eran entonces -antes de las cocinas de gas butano que vinieron después- una forma imprescindible de encender las chimeneas rurales, en las que cada día se cocía el puchero con el cocido o las patatas que tanto hambre evitaron en aquellos años todavía difíciles. Así lo dice en la página 62 de su Reseña Histórica. Ahora viaja en un autobús, es más mayor, habría dejado ya la moto con la que siendo más joven se movía por los alrededores de Salamanca para estas cosas. Quiero imaginarme a este hombre con su aspecto de agustino de los años treinta y cuarenta: alto, delgado, con poco pelo, cincuentón, con su hábito negro de la orden de San Agustín, su pequeño capote igual recubriendo el hombro y quizá con un birrete, recibiendo en el autobús todas las reverencias y el respeto que en ese tiempo un religioso recibía por parte de la gente. Sería un autobús de aquellos con el motor delantero formando una especie de morro sobresaliente y un capó que levantaba el conductor para echar agua con un embudo cuando iba muy cargado y se calentaba; con una escalera exterior que ascendía a la baca, repleta de maletas, cajas y otros bultos que los provincianos habían comprado en Salamanca. A pesar de la poca velocidad que aquello alcanzaba, quiero imaginarme, el vaivén continuo que provocaban en estos trastos de antaño las carreteras de entonces y el ambiente

interior, entre bultos, calor, humo de cigarros y conversaciones mezcladas de atrás para adelante.

En el viaje en la línea regular de Salamanca a Béjar coincidiría con las gentes que venían de la capital e iban quedándose a cuentagotas por los pueblos, conformando un viaje casi interminable. Menos mal que el padre Morán aprovechaba cualquier situación para sacar algún partido a sus aficiones. No solo iría pendiente de lo que veía por la ventanilla y ya conocía, ahora tomando nota en un cuaderno de ello, sino que a la menor y aprovechando su ventaja social de cura, preguntaría a todo el que pudiera buscando pistas sobre sitios *habitados por los moros*, *turriones*, *turuñuelos*, *teriñuelos*, *piedras de rayo*, tumbas o piedras escritas, para planificar una visita de inmediato. Sabía bien cómo se le tiene que preguntar al campesino para obtener la información deseada, la pista que al arqueólogo conduce a los datos y yacimientos.

El Padre Morán sin duda iba camino de Béjar, donde le esperaría su amigo y mecenas Juan Muñoz (conocido allí como don Juan Muñoz, por razones obvias), que tal vez le puso a disposición su coche y su compañía para hacer las visitas que quería hacer. Béjar probablemente iba a ser su base de operaciones para aquella nueva escala en la arqueología de la provincia de Salamanca, con la que componer otro capítulo de su Reseña Histórico Artística de la provincia de Salamanca, la que constituiría desde su publicación en 1946 el primer compendio de arqueología salmantina, aunque además de la arqueología fuera otras cosas. Luego vendría la Carta Arqueológica de Maluquer en 1956, pero ésta sería algo más técnico, sin ese carácter de libro de viajes etnológico, histórico, arqueológico y literario que tendría el del padre Morán, en el que no solo aludía al paisaje, sino a las gentes y sus anécdotas, para convertirlo en un trabajo entre lo científico más elemental para aquel momento, lo divulgativo y lo entretenido.

Por aquel entonces no se sabía mucho de los antiguos pobladores de las comarcas de Guijuelo y Béjar que él abordó. Se conocían pinceladas, detalles concretos que no llevaban todavía a una hilazón continuada de la historia. Dentro de las dos aún era más conocida la de Guijuelo, sobre todo gracias a Salvatierra y al dolmen de Aldeavieja, que el mismo Morán había excavado. Entre la comarca de Béjar y la de Guijuelo quedaba el omnipresente Cerro del Berrueco, donde había llegado a hacer algunas excavaciones en 1922 y 1923 y al que amaba –se nota en algunos pasajes- como tantos hemos amado, siendo en mucho responsable de nuestra afición, profesión e innumerables recuerdos y horas de satisfacción entre sus misterios. La importancia y hasta el *glamour* del Berrueco lo eclipsaba todo con su inmensa capacidad, ahora quizá también, pero entonces aún más, dando lugar a leyendas y bulos que son también partes de su historia. Por eso a él le dedicaremos un apartado especial en este recorrido

El cerro del Berrueco, referencia imponente en el paisaje de la llanura del valle del Tormes.

comparativo entre el tiempo y la investigación desarrollada por el Padre Morán en la primera parte del siglo XX y la actualidad.

El trabajo del padre Morán tuvo sobre todo mucho que ver con la detección de yacimientos, que ya era un trabajo importante para ese tiempo. Nada puede investigarse ni protegerse, sin antes saber dónde está y cuáles son sus circunstancias y características. Entre aquel tiempo y el actual ese es uno de los primeros grandes avances que se han dado: conocer y catalogar el Patrimonio Arqueológico. Hoy, sin que sean completos ni cerrados, porque todos los días aparece algo nuevo a catalogar, los Inventarios Arqueológicos provinciales constituyen la base de la investigación y de la protección del Patrimonio Arqueológico. Sin ellos y sin la normativa que los protege, nuestro pasado estaría a expensas de una destrucción definitiva, dado lo que construimos y alteramos como consecuencia del progreso. Pero aquella España de los años cuarenta bastante tenía con sobrevivir a su humildad económica como para ocuparse de estas cosas de la forma que se ocupa hoy. El Patrimonio Histórico y dentro de él el Arqueológico era comprendido y valorado solo por la reducida gente que había tenido la suerte de ir más allá del mero aprender a leer, escribir y a manejarse con las cuentas más elementales *para que nadie pudiera engañarles.* Era lógico que la Arqueología en su versión más científica estuviera en manos de un puñado de profesores en algunas universidades, quedando otra arqueología, con minúscula, guiada sobre todo por la pasión, en manos y gestos de gente con una cultura inquieta y tiempo suficiente para dedicarle las horas que otros ineludiblemente tenían que dedicar a trabajar duro para vivir, fuera en el campo, en la pequeña o en la gran ciudad. De esta manera sacerdotes como el padre Morán,

o maestros de pueblo acompañados en muchos casos del cura, del médico y del farmacéutico se convirtieron en descubridores del pasado, interviniendo de unas formas o de otras en lo más evidente, lo que llevaba años saltando a la vista de los campesinos, que interpretaban en aquellos restos salidos de la tierra la existencia antigua de un pueblo perteneciente a los moros o a los cristianos, fenecido todo en su conjunto como consecuencia de una plaga de hormigas o de un envenenamiento masivo durante una boda, explicaciones curiosas de los campesinos resistiéndose a creer que todo lo habitado alguna vez desaparece también de una forma natural con el tiempo y las circunstancias.

Entre estos iniciados, que se movían asentados en su cultura de base e impulsados por el lógico apasionamiento en reconocer los artefactos y las circunstancias del pasado, y los científicos con título y competencia para ello, que ejercían en la universidad, estaban tipos como el padre Morán. Eran gente con conocimientos adquiridos en su formación general, pero aumentados por la pasión de lo antiguo, ávidos de conocer más, y preocupados por la belleza, el misterio y la atracción del objeto antiguo, y con ello por lo que esconde de Historia cada pieza utilizada en el pasado. En la historia de la Arqueología estos eran los tiempos del culto al objeto arqueológico. Las excavaciones se hacían con la esencial metodología de recuperar artefactos como meta principal, queriendo ver en ellos la Historia de una manera que en realidad resultaba muy limitada. Pensemos por un momento que alguien excava en nuestra casa actual, mucho tiempo después de abandonada por nosotros dejando una parte de los objetos que utilizábamos.Y pensemos que el arqueólogo en ese caso imaginario busca recuperar solamente los objetos que intervinieron en aquella nuestra vida. Ese arqueólogo diría que teníamos ordenador y televisión de una determinada marca, que comprábamos los muebles quizá en Ikea, que disponíamos de una vajilla de Duralex para comer, que teníamos anillos y pulseras para adornarnos, que nos maquillábamos en la casa, nos afeitábamos cada mañana para parecer mejor, que éramos cristianos si encontraban un crucifijo en la cabecera de nuestra cama… etc. Si los arqueólogos en su excavación de nuestra casa no fueran más allá de los objetos que componen nuestra vida y no entraran por tanto en los procesos particulares y sociales en los que nos movemos a diario, no serían capaces de reconstruir el mundo real en el que participamos, que es el que compone la Historia general, la que interesa en realidad. Algo similar sucede con la Historia más cercana: no importan tanto las batallas y las invasiones como lo que hay detrás de ellas, sus orígenes y circunstancias, las consecuencias y los condicionantes entre otros muchos factores. La Historia que interesa más, siguiendo con el ejemplo arqueológico anterior, sería saber el estamento social al que pertenecemos, la sociedad en la que vivimos, las relaciones, las causas de que vivamos donde vivimos y de lo que vivimos, nuestro grado de participación

social, el encaje y la participación de los habitantes de la casa dentro de una sociedad, cómo nos condiciona y nos modela el ambiente en que vivimos… etc., es decir todo ese ambiente que nos rodea casi sin darnos cuenta, que engloba y determina la individualidad haciéndonos participes del tiempo en que vivimos. En ese ambiente importan los objetos, pero no representan la exclusividad que tuvieron. En nuestro tiempo los objetos arqueológicos hallados en los yacimientos se valoran como meros integrantes de un conjunto y pasan después a los museos, donde se produce la admiración de la belleza y la valoración de las distancias entre el pasado y el presente sobre los mismos intereses humanos.

Hoy enfocamos la investigación arqueológica de otro modo que centrados en los objetos. Este enfoque se basa naturalmente en la evolución que se ha dado en la ciencia histórica a base de reflexión y trabajo, pero también asentados en el fabuloso progreso de las ciencias auxiliares a la Arqueología, que contribuyen a aportarnos información sobre múltiples aspectos fundamentales. En tiempo del Padre Morán poco podían saber, por ejemplo, del clima o del medio ambiente que rodeaba a cada comunidad. El clima y el medio ambiente son algo fundamental para explicar los lugares donde habitaban e incluso los cambios culturales. Ya no solo es el frío o el calor que pudo darse, sino el éxito que en una u otra dedicación económica pudo condicionar por el clima. Hoy a través de la paleo-palinología, con la seguridad de que los pólenes de cada primavera se conservan durante miles de años, obtenemos muestras en nuestras excavaciones de las que podemos saber la vegetación que rodeaba a cada hábitat y por tanto el clima que la hacía posible; podemos detectar los cambios en el clima, saber el índice de participación humana en una zona haciendo desaparecer bosques para utilizar ese campo en la agricultura y la ganadería, puesto que dejará de haber polen arbóreo para pasar a pólenes de plantas propias de la intensidad en la acción humana y de la presencia importante de la ganadería. Algo tan sencillo como esta información nos aporta a los arqueólogos valiosísimos datos para saber, por ejemplo, cómo y cuándo se han deforestado valles, cómo ha sido la incidencia humana en el cambio de determinados lugares o cuándo se produjo una crisis climática con un aumento de la sequedad que hizo difícil el cultivo, dando lugar a un cambio de orientación económica en la que la ganadería primó sobre la agricultura. Esto mismo sucedió en realidad entre el 2200 y el 1800 a.C. en todo el mundo. Está siendo investigado a partir de estudios basados en el polen fósil, que cuadran perfectamente con la caída de grandes civilizaciones en todo el mundo, cuya explicación no se conocía antes y ahora parece sincrónica y dentro de un fenómeno común que debió afectar a toda la Tierra. Con la mera observación, descripción y estudio de los artefactos no sería posible llegar a estas conclusiones.

El Berroquillo *(El Tejado)*, escenario de un tiempo de crisis climática.

Ya no es solo el Carbono 14, que nos dice cuando sucedió algo y nos sirve para ordenar cronológicamente lo que vamos sabiendo, son también los estudios en la composición de los huesos humanos que sirven para reconstruir la dieta humana, la composición de los metales aleados y la tecnología utilizada para trabajarlos y hacerlos más consistentes, además de la ciencia para obtenerlos, la técnica para fabricar la cerámica…etc. Tampoco nos conformamos hoy con desenterrar muertos antiguos sin más buscando sus ajuares. Necesitamos saber su actividad física, marcada en el estudio detenido de las características de sus huesos, así como su encaje y participación en la sociedad en la que convivieron. En fin, un nutrido conjunto de aportaciones diversas, todas basadas en la tecnología actual, que permiten disponer al arqueólogo de las piezas de un complejo puzzle que deberá ir juntando para reconstruir el pasado, pasando en la mayor parte de los casos de la reconstrucción sobre lo individual a la de lo general, considerando que lo individual es un reflejo de lo general. Hoy nos preocupan los procesos históricos que han llevado a los cambios y los cambios que dieron lugar a los procesos posteriores. Tenemos posibilidades de penetrar no solo en la forma de vivir sino en la de pensar de aquellas gentes, reconstruimos los patrones de comportamiento y nos preocupa penetrar en el mundo de las ideas de aquella gente, que por más que se movían con patrones muy generales y comunes a todo el género humano, las circunstancias que vivían les modelaban de una forma diferente en multitud de facetas a cómo nos comportamos hoy. De

ahí que el arqueólogo actual deba partir de una idea particular que no era propia de los tiempos del padre Morán. Debe ver el pasado con los ojos de los habitantes del pasado, dejando a un lado lo más posible la influencia de la cultura en la que vive, en todo bien distinta a los componentes y al desarrollo de aquella lejana.

Comparar el contexto científico del tiempo que vivió el padre Morán con el de hoy sirve, entre otras cosas, para observar, comprobar y valorar lo importante que resulta invertir en la ciencia por cuanto que nos avanza y reporta conocimientos valiosísimos sobre el transcurso de los tiempos y sus circunstancias. Gracias a tareas apasionadas como las del padre Morán, hoy estamos donde estamos, porque nada se construye sin cimientos.

Estela funeraria de Valentino, el primer bejarano conocido por su nombre.

EL PADRE MORÁN EN LA COMARCA DE GUIJUELO

La comarca de Guijuelo es la antesala del valle del Duero viniendo desde el sur, es decir desde las tierras montañosas del Sistema Central, que en la zona precisa que nos ocupa es la Sierra de Candelario-Béjar. Que sea la antesala del valle del Duero implica algo fundamental desde el punto de vista medioambiental y económico: es un territorio menos abrupto, menos marcado por la presencia de altitudes y rocas, por tanto tiene menos altitud y en consecuencia es más practicable desde el punto de vista económico. Cualquier economía basada en mucho o en bastante en el cultivo elige mejor esa zona que la más sureña de la comarca de Béjar, en la que la potencialidad ganadera parece la más adecuada. En economías primitivas como las que se dieron en la Edad del Cobre (2800 al 2200 a.C.), en las que el conocimiento técnico no estaba todavía muy desarrollado, por más que la agricultura venía practicándose en la zona –que sepamos- desde mediados del V milenio a. C., la producción resultaba limitada y por tanto había que elegir los lugares más adecuados para los asentamientos. Quiere decirse con esto que como agricultores tendrían más éxito los pobladores de la zona de la comarca de Guijuelo, que los de la de Béjar. Tal vez por eso encontremos un número mayor de asentamientos correspondientes al Neolítico

y a la Edad del Cobre aquí que en la vecina comarca de Béjar. El discurso del río Tormes, abandonado ya su curso alto y entrado en fase de mayor remanso, constituyó, además de una vía de comunicación muy importante, un recurso de gran valor puesto que sin la presencia de agua no hay asentamiento posible y un río como el Tormes era garantía de agua todo el año para animales y personas.

Pero antes de que el hombre descubriera la producción, cuando era tan solo cazador y recolector, habitó en la zona de La Maya en un tiempo que se nos hace absolutamente ancestral teniendo en cuenta lo que es una vida individual. Los arqueólogos lo llamamos Paleolítico Inferior, que antecede al Paleolítico Medio o Musteriense. Lo llamamos así para entendernos, para ordenar el tiempo con sus diferencias, para distinguir entre unas etapas y otras, pero resulta más entendible decir aquí que según lo investigado en la zona de La Maya y río arriba, desde hace como mínimo 350.000 años las terrazas fluviales que se han formado en el Tormes por la zona de La Maya albergaban poblaciones de homínidos y neandertales de las que tuvo conciencia el padre Morán en las inmediaciones de Salamanca, pero desconocía en la zona de La Maya.

Los cantos de cuarcita golpeados para obtener aristas cortantes y puntas con las que cortar carne y trocear huesos, tallados muy básicamente para dar respuesta a necesidades muy elementales, fueron algo muy simple para lo que el padre Morán tendría el privilegio de investigar en las inmediaciones de Guijuelo. Entre el Paleolítico y el Neolítico hay una distancia en todos los sentidos tan grande que en poco se pueden comparar. El Paleolítico significó vivir meramente de la caza y la recolección, el Neolítico inauguró el mundo que hoy tenemos, basado en la producción. No es lo mismo estar a expensas de la caza que ser dueños de la propia economía. Eso pasó en el Neolítico y del final del Neolítico es el dolmen de El Turuñuelo en Aldeavieja, en las cercanías de Guijuelo, que excavó Morán. Pocas veces tiene un arqueólogo el privilegio de excavar dólmenes como el este, en el que encontrar intacta al menos la última etapa en la trayectoria de un monumento que fue utilizado como lugar de base de creencias y rituales de muchas generaciones durante nada menos que 2.500 años. Además de que el propio padre Morán nos lo dice, podemos afirmarlo por la importancia de las piezas recuperadas en él, que no habrían sobrevivido a los buscadores de tesoros de antaño, furtivos del Patrimonio Histórico, que decimos hoy.

Los dólmenes fueron monumentos construidos en el final del Neolítico, en un tiempo en el que no había metales para tallar las grandes piedras, ni animales de carga para ayudar al transporte. En esta parte de la Meseta no eran unas piedras formando un circulo con otra, enorme, encima de ellas coronando, como suele ser la imagen estereotipada de un dolmen. Aquí eran más sencillos, se llaman *Dólmenes de Corredor* porque se componen de una cámara circular y

de un pasillo o corredor por el que se accede a la cámara, el lugar principal. Ninguna gran roca corona la cámara de estos dólmenes en toda la provincia de Salamanca. La cubierta debió ser vegetal. Lo importante de estos sitios es que fueron durante mucho tiempo, primero lugares de referencia para sus constructores neolíticos, continuando así para los sucesores calcolíticos y finalmente también para los habitantes del principio y también del final de la Edad del Bronce. Cuando un monumento se utiliza durante más de 2.500 años por un número tan considerable de generaciones, teniendo en cuenta la poca esperanza de vida propia de un tiempo acuciado por innumerables dificultades, desde la mala alimentación a tanta exposición a enfermedades… etc., cuando eso sucede, sin duda estamos ante un lugar con una trascendencia social que excede a haber sido un mero cementerio, como durante mucho tiempo se le ha considerado, por el hecho de encontrar en ellos huesos humanos. El suelo de nuestras iglesias está lleno de tumbas y hay, además, mausoleos de gente importante sin que las iglesias sean cementerios propiamente dichos, sino lugares donde los fieles se congregan para estar en contacto con la divinidad y donde en un determinado tiempo enterrarse allí fue considerado acercarse más a la posibilidad de la salvación eterna de la que hablan los textos sagrados. La utilización de estos lugares por tanto tiempo tiene alguna significación territorial dentro de la mentalidad primitiva. En un tiempo en el que no había países como los entendemos hoy, ni leyes escritas (entre otras cosas porque nadie sabía escribir), ni tribunales institucionalizados para impartir justicia, las gentes hubieron de organizarse de tal manera que se garantizara lo de cada cual como propio. y no imperara *la ley de la selva*. Una de esas formas pudo ser sin duda la de construir estos monumentos que congregaban a toda la comunidad dispersa por un determinado territorio a actos sociales y religiosos, a fiestas en las que las comunidades se sentían unidas para lo bueno y para lo malo. Esos puntos de reunión pudieron ser los dólmenes, lugares en los que, además, se enterraba a determinados personajes que eran los líderes de aquella sociedad, los que dirigían las ceremonias allí y por eso eran merecedores de ello. Su existencia y el enterramiento allí de determinados líderes, era una manera de legitimar que ese sitio era de esa comunidad y eso, generación tras generación, era una forma de escriturar un territorio. Hay un detalle curioso que contribuye a la demostración de esto mismo: cuando al principio de la Edad del Bronce algunos personajes basan su poder en lo que tienen de más sobre el resto, es decir cuando son líderes con un fundamento económico, en muchos casos se hacen enterrar en estos lugares, como queriendo enlazar con un pasado mítico por un lado, pero por otro queriendo ser enterrados en lugares que han sido propiedad de los pueblos de un territorio. Eso, en una mentalidad de ese tiempo, les convertía en más líderes. No hace falta insistir mucho en el deseo de liderazgo que parece llevar el ser humano escrito en sus

neuronas. Todos queremos ser más que el resto, todos queremos mandar y que no nos manden y todos sabemos que estar encumbrado en lo más alto de la sociedad da lugar a más fundamentos para el poder y para la riqueza. Entonces y ahora; ahora con unas reglas y entonces con las propias de su tiempo.

En su incesante búsqueda de restos del pasado, Morán sabía cómo hay que preguntar a los campesinos para hallar este tipo de monumentos. En unos sitios los llamaban *teriñuelos*, en otros *turuñuelos*, y en algunos *turriones*. Eran las denominaciones que daban los lugareños de forma más o menos común a todo aquello que les llamaba la atención por su cierta monumentalidad realizado por la mano del hombre. De algunos pensaban que había existido una torre antigua y lo que quedaba era el cimiento de ella de ahí que la palabra usada tuviera alguna relación con torre. En cualquier caso era un residuo de algo que hubo. A los más apasionados les terminó por provocar ciertas fantasías llevándoles a excavarlos de día o de noche en busca de un tesoro que pocas veces hallaron, entre otras razones porque el oro que en algunos hubo procedente de los ajuares campaniformes, pertenecía a objetos pequeños y no era fácil observarlo, menos aún a la luz a de un farol, como se llevaban a cabo estas acciones para no despertar sospechas. Al menos excavó 17 de los 34 dólmenes que dio a conocer, aunque en la mayoría diversas vicisitudes, algunas perdidas en el tiempo, les habían ya malogrado en mucho cuando él intervino.

Tuvo la suerte de toparse con uno de estos dólmenes en unas circunstancias que cualquier arqueólogo desearía investigar. Si bien es cierto que en ningún caso se puede decir que un dolmen estaba completamente intacto, porque en un periodo tan dilatado de uso se debieron producir reformas, limpiezas, saqueos… etc., él al menos halló *El Turuñuelo* de Aldeavieja sin haber sido saqueado por los buscadores de tesoros, que ya los había por entonces y antes de entonces. En ese tiempo el método de la mayoría de los arqueólogos se basaba en recuperar objetos allí donde pudiera haberlos. Por ese tiempo Morán sabía ya la estructura de los dólmenes de la zona salmantina, divididos en una cámara circular, un corredor o pasillo de acceso y un túmulo para darle monumentalidad. Solía ir con sus ayudantes directo a la cámara, excavando en algunos casos también algo del corredor. Eso fue lo que hizo en El Turuñuelo. Comprender toda la estructura del dolmen no entraba dentro de los planes de una excavación rápida. Ello provocó la perdida de mucha información sobre miles de piezas que fueron recuperadas mucho tiempo después, en 1986 cuando desde el Museo de Salamanca se reexcavó todo, volviendo a cribarse las tierras que en aquellos trabajos se habían extraído sin más. No es lo mismo una exacción a pico y pala que con una paletilla y un pincel para el caso de un dolmen. Suelen ser frecuentes las cuentas de collar en los dólmenes, muchas de ellas de un vistoso color verde (variscita), procedentes de la provincia de Zamora, como todas las de La Meseta,

consecuencia de una red de intercambios muy evolucionada para el tiempo de que se trataba, teniendo en cuenta las dificultades de acarrear material a larga distancia sin animales de carga propiamente dichos, puesto que el caballo no se domesticó por estas tierras hasta el 2500 a. C. aproximadamente. Esas cuentas ya se traían o se iban a buscar a la provincia de Zamora desde 1500 años antes. Verdaderamente estudiar la Prehistoria lleva a sorprendentes conclusiones en las que se comprueba la fuerza del ingenio humano, que sin tener demasiadas infraestructuras y posibilidades, llevó a cabo empresas muy difíciles. Una buena parte de tales cuentas de collar de El Turuñuelo le pasaron desapercibidas a Morán en su excavación de lo pequeñas que eran. Solo una criba de brevísimos espacios hace que no se pierdan estas cuentas que pudieron ser ofrendas o constituir los collares de los enterrados allí.

Dolmen de El Turuñuelo (Aldeavieja) en su estado actual.

Morán encontró un conjunto especial de piezas que habitualmente se asocian a enterramientos con cerámica campaniforme. Estos enterramientos, por lo significativos que son y por el derroche de objetos, cuyo valor entonces debía ser grande, se interpretan como la tumbas de los jefes que iban surgiendo con un determinado poder económico y cuya legitimación como tales se hacía a través de estas exhibiciones, unas veces en dólmenes y otras en túmulos enclavados en sitios vistosos, construidos exclusivamente para su enterramiento. En esos ajuares –como el que encontró Morán en El Turuñuelo de Aldeavieja- se incluía un tipo de piezas de forma normativa, es decir que lo repetían en distintos lugares de manera similar, como si con ellos, una clase dirigente de distintos sitios se asociaran simbólicamente para mostrar su altura social y "corporativa". Se trataba de armas de cobre el único metal conocido entonces junto al oro y

en algunos lugares la plata. Acompañaban al cadáver un puñal y unas cuantas puntas de lanza, además de recipientes cerámicos con costosas decoraciones que implican un esfuerzo grande y una gran consideración para con ellos y su contenido. Algunos estudios realizados sobre los residuos alojados en el fondo de esos vasos han mostrado rastros de haber contenido cerveza. A este respecto hay que ponerse en el lugar de las poblaciones prehistóricas, que no tenían nuestros supermercados o bares en los que adquirir de la forma que lo hacemos hoy bebidas alcohólicas, cuyas excelencias en lo lúdico son bien sabidas por el ser humano actualmente. Los efectos del alcohol que hoy constituyen algo meramente cotidiano, en otro tiempo hubieron de ser algo menos frívolo, lo cual pudo llevar a consumirlo en ocasiones muy especiales implicando con ello participar, en un acto o ceremonia en que los efectos podían asociarse con el más allá o con la divinidad. Naturalmente algo tan preciado, quizá no al alcance de todo el mundo, fue monopolizado por esos personajes de mayor importancia dentro de la sociedad de finales del III milenio y principios del II a.C., de ahí que se quisieran enterrar con ello como símbolo de algo que controlaban. Estos personajes no solo hacían ostentación de determinadas armas, seguramente mostrando con ello su poder por la fuerza, sino que solían hacer ostentación de joyas en oro que no estaban al alcance de todos. Eran joyas muy elementales, pero permitían el lucimiento de esos personajes sobre el resto. Pequeñas chapitas con perforaciones para colgarlas, diademas o cintas de oro como la de Aldeavieja, con oro quizá procedente de las arenas del inmediato Tormes, que sabemos las transportaba. Enterrarse con ello era un acto más de diferenciación, puesto que quien se desprende de algo valioso en una tumba está transmitiendo el mensaje de que no se queda pobre por ello, algo que seguramente en el resto no sería igual. Marcar las diferencias es una forma de hacerlas saber, de mantenerlas y consolidarlas. El poder, en sus distintas formas, han interesado siempre a muchos seres humanos.

Hoy el dolmen de El Turuñuelo de Aldeavieja reposa sobre un lugar bien visible en el borde de la meseta que da vista al Tormes, encajado éste en su cauce, actualmente aumentado por la presencia cercana del embalse de Santa Teresa. Fue declarado Bien de Interés Cultural, que es lo máximo en la legislación española, pero parece un tanto dejado de la mano del hombre, a pesar de que el hombre moderno le haya concedido tal declaración; una paradoja por tanto. Pasear por allí en primavera, incluso en cualquier otra estación del año, a poco que uno sepa lo que eran estos monumentos y de lo que pudo haber sucedido en ellos, induce a imaginar aquel mundo tan diferente al de hoy, más elemental en mucho, pero lleno de complejidades también, las propias de una sociedad cuyas carencias de todo tipo daban lugar a interpretaciones de lo difícilmente explicable, que se han plasmado en testimonios como el dolmen de El Turuñue-

lo. Su historia no parece haber terminado con la consideración que el mundo moderno le acaba de dar, valorándolo tan alto. Si se visita el sitio se verá todavía un cartel anunciando una urbanización de chalets adosados que incluso le ha puesto el nombre del dolmen. Causan espanto y risa por igual, la ocurrencia y la concurrencia, la primera por parte del promotor y la segunda de quien le haya aconsejado que "el lugar merece la pena para una urbanización" (nada como levantarse por mañana y ver un dolmen). Si se consumara tal cosa, este dolmen, con tanta historia invisible a desentrañar por arqueólogos de todos los tiempos, conocería el penúltimo episodio de su historia, durante muchos cientos de años seco de acontecimientos y de pronto cobrando la alegría de quedar rodeado, nada menos, que por una urbanización de chalets adosados. Más valdría que sitios como este se cuiden como corresponden y su uso en el tiempo actual sea para aprender de pasado, conociéndole antes, que es como las sociedades cultas aprenden a respetar lo que tienen porque lo han heredado, conscientes de que el respeto por lo antiguo es una de las responsabilidades del presente.

Lamentables tentaciones modernas en las inmediaciones del dolmen de El Turuñuelo.

De la zona de Guijuelo el padre Morán hizo mucho hincapié en unos testimonios escritos de los que por entonces no se sabía mucho. Se trataba de las pizarras escritas con signos numerales romanos que tan abundantemente aparecían en Salvatierra de Tormes correspondientes a la época tardorromana y visigoda, una época complicada e interesantísima desde el punto de vista de la investigación, puesto que la desintegración del imperio romano dio lugar a una situación política y social muy particular. Por aquel entonces, cuando el padre Morán se interesó por estas pizarras escritas, se conocía ya una circunstancia reafirmada en el presente: que aparecen sobre todo en las provincias de Salamanca y Ávila y que en determinados lugares son mucho más abundantes que en otros, manifestando con ello que había sitios donde su uso era, por alguna

Pizarra tardorromana con signos numerales.

razón, mucho más intenso. Las había de dos tipos: unas solamente con signos numerales formando líneas horizontales y otras con textos en latín cuya grafía en cursivas no es fácil de entender por los profanos, aún tratándose de letras del mismo alfabeto que usamos hoy. En las que tienen textos en letra cursiva se leen contratos entre particulares, textos religiosos… etc., redactados en un latín que empezaba a degenerarse empezando a recorrer el camino que ha terminado en el castellano actual, un lujo por tanto para los lingüistas. Las que tienen solo enigmáticas líneas de números romanos, muchas veces sumando la misma cantidad, como señalaba ya Morán, están siendo objeto de una interesante investigación por I. Martín Viso, de la Universidad de Salamanca, utilizando como complemento toda la nueva parafernalia de datos históricos y arqueológicos que rodean a estos testimonios, concluyendo que podría tratarse de documentos relacionados con la fiscalidad ejercida por determinados centros de poder en un tiempo donde se reorganiza la sociedad, sus territorios y poderes.

EL PADRE MORÁN FASCINADO –TAMBIÉN- POR EL BERRUECO

El Berrueco es uno de esos lugares que marcan para siempre cuando los conoces. Parece un tópico poético, pero es completamente cierto. No conozco a nadie de toda la gente que he llevado allí que no haya vuelto fascinado, a pesar de regresar con las piernas destrozadas del cansancio. Para eso hay que tomarse un día completo, hacerse acompañar por alguien que haya pasado allí muchas horas y conozca sus secretos, proveerse de dos buenos bocadillos (uno en serio y otro de repuesto), de una bota de vino y no tener ninguna prisa. Si además es primavera, por mayo o principios de junio con las retamas, los cantuesos y todos

los otros tomillos en flor, entonces el visitante quedará atrapado por muchos de los detalles de ese lugar y volverá más veces. Algunos hemos ido tan allá en el idilio que incluso podemos atribuirle a este lugar ser la causa de las pasiones que terminaron en la profesión de arqueólogo. De ahí que, como con los primeros amores de otro tipo, lata el corazón un poco más fuerte si pasas por delante. Hay que llegar hasta su base acercándose desde lejos y mirar para arriba para impresionarse mejor con su monumentalidad; hay que escalarle para comprender el esfuerzo y las circunstancias de vivir en lo más alto y una vez arriba, contemplar el paisaje que le bordea, teñido y calmado por las encinas. Si tienes la suerte de que ese día se forme niebla más abajo, puedes estar encima de ella como si flotaras sobre una nube. Si te adentras en La Dehesa las sensaciones allí son de soledad absoluta, de una quietud que puede incluso llegar a ser inquietante. Entre La Mariselva y La Atalaya, si no hay prisa, fijarse en los caprichos del granito resulta poético y a la vez prosaico… y en fin, si le visitas cargado de conocimientos o con buena compañía que los pueda dar, nunca le perderás la fascinación a este lugar que, vayas donde vayas en muchos kilómetros a la redonda, siempre estará en alguno de los horizontes posibles, como vigilándolo todo. Algo de ello debió ser el fundamento para que tantas culturas distintas (ocho que sepamos) lo eligieran para vivir en un sitio o en otro de todo su espacio, como monte y como entorno inmediato. Siendo tantas las culturas y tan diferentes algunas de ellas, hacen que nos preguntemos sin cesar cuál fue la magia que les atrajo, sin

La monumentalidad del cerro del Berrueco desde el cielo.

dejar de pensar en cuánto intervino precisamente la misma que nos seduce a nosotros ahora, por más que entonces se tratara de vivir y ahora tenga que ver sobre todo con el placer de entender lo antiguo y sus paisajes.

Cesar Morán tuvo el privilegio de conocer toda la zona del Berrueco en un tiempo muy distinto al de ahora, cuando tanto el cerro como sus inmediaciones participaban activamente de la vida de los pueblos que tienen algo que ver con él (Santibáñez de Béjar, El Tejado y Medinilla). De alguna manera el paisaje que él vio es hoy ya arqueología oculta, pero no oculta debajo de la tierra como la genuina arqueología, sino entre la singular abundancia con la que crecen las malezas, disimulando casi por completo las huellas de la vida en el cerro desde que la Prehistoria pasó a ser Historia y llegó hasta el presente. Porque los últimos episodios interesantes allí, que manifiestan Historia, han tenido lugar, como muy tarde, hasta los años sesenta del siglo XX, cultivando aún la tierra y sacando algún provecho a los laboriosos bancales y parcelas construidas para obtener algún fruto en tiempos de escasez y penurias que a pesar de todo nada tienen que ver con las de hoy. Después, un nuevo modo de vida lo fue convirtiendo en uno de tantos lugares a expensas de la naturaleza. Hasta ese tiempo el Berrueco era un ejemplo de cómo la especie humana, por necesidad, aprovecha todo para obtener algún beneficio con el que subsistir. El gigantesco incendio que asoló la zona en 2003 dejó el Berrueco en una foto que ya solo recordaban los más viejos del lugar. Cientos o miles de abancalamientos por todas partes obtenidos a la ladera por los campesinos de Medinilla y El Tejado, buscando obtener fanegas de centeno, casi furtivas, donde la roca parecía ocuparlo todo. Un auténtico e histórico ejemplo de subsistencia, hoy vuelto a disimular por la maleza que ha crecido con fuerza, como por venganza, tras el incendio. Así lo vimos en 2003 como en una fotografía antigua, imagen que con más naturalidad y menos prisa debió ver el padre Morán en el primer cuarto del siglo XX cuando empezó a frecuentar el sitio. Por aquel entonces los campesinos encontraban cientos de objetos antiguos de todo tipo al cultivar la tierra. Eran tan abundantes que los guardaban porque veían en ellos un testimonio de otros tiempos y otras vidas en el mismo lugar, y por si se dejaba caer por el pueblo algún enamorado de estas cosas y ofrecía un buen precio. Naturalmente siempre que no lo hubieran captado algunos de los chatarreros/anticuarios de la zona, que ejercían de enlaces con gentes expertas sabedores de cómo colocarlo en el entonces caprichoso mercado de las antigüedades. Aparecían con una singular abundancia hachas en la zona de La Mariselva, como si los habitantes de allí en el III milenio a. C. e incluso algo antes, hubieran tenido una factoría para fabricarlas y hacerlas llegar a quienes carecían de ellas. Pero, sobre todo encontraban objetos de bronce y de hierro a poco que el arado profundizaba y las primeras lluvias lavaban la tierra en Las Paredejas y Los Tejares. Los pastores, que tenían

más tiempo para mirar al suelo mientras el rebaño comía, sabían más que nadie de estas cosas. Algunos hasta llevaban fíbulas de la Edad del Hierro prendidas en el zurrón. Al menos una necrópolis de la Edad del Hierro quedó desmantelada por los trabajos agrícolas. Fue la de Las Paredejas, nombre este que seguramente alude a los cimientos de muros resultantes de la ruina de las antiguas casas del castro que hallaban los campesinos al cultivar, ya en un estado de gran deterioro, de ahí el calificativo algo despectivo: *paredejas*.

Cesar Morán debió recorrerlo todo y conversar con campesinos y pastores, que le donarían para su colección algunas piezas de las que muestra en los libros. Incluso llego a hacer excavaciones financiadas por su mecenas, el industrial bejarano Juan Muñoz, de las que publicó un breve libro en 1924. Con todos los datos que obtuvo llegó a la conclusión de que desde el Neolítico hasta la conquista romana, el Berrueco estuvo habitado en distintas zonas del mismo cerro y de su más inmediato entorno. Su labor allí tendría un paréntesis de varias décadas hasta que el entonces catedrático de la Universidad de Salamanca, Juan Maluquer de Motes, se atrevió a hacer excavaciones en lo alto del cerro, en Cancho Enamorado, uno de los nombres más dulces que conozco en la toponimia arqueológica. Eran tiempos duros para lo bueno y para lo malo. Para lo malo por la forma de obtener los recursos que hacían la vida de la gente, para lo bueno porque no les asustaba nada de lo que hoy nos parecerían graves inconvenientes. Por eso cada mañana los obreros con los contó Maluquer subirían a excavar y echarían la jornada haciéndolo como si nada. Desde entonces hasta 1984 no volverían a llevarse a cabo más trabajos de campo. Esta vez tuvieron lugar en el yacimiento de cazadores magdalenienses (12.000-10.000 a.C.) de La Dehesa, en el piedemonte sur del Berrueco, un yacimiento descubierto tiempo atrás por el padre Belda, otro sacerdote y uno más de los que se enamoraron del lugar. Y fue ya a principios del siglo XXI cuando volvió a actuarse en él, primero en Cancho Enamorado de nuevo y luego en Los Tejares. Pero todo lo investigado allí es poco en realidad para cuanto hay pendiente. Esperemos que antes de la próxima inves-

La Dehesa (El Tejado). Pequeños artefactos de sílex (raspadores, buriles y hojitas) correspondientes al periodo Magdaleniense y a sus cazadores.

tigación importante los furtivos que lo asolan, ocultos en la impunidad de tanta extensión, tanta soledad y tanto donde ocultarse, no lo hayan diezmado mucho más de lo que ya está. Hay que confiar en la idea de que el progreso de la cultura y la mayor sensibilización de la sociedad, hace entender que lo que se saca de un yacimiento arqueológico por medios no científicos, contribuye solo a mermar datos en la reconstrucción histórica de los sitios antiguos.

Entre los tiempos del padre Morán y los de hoy, median nada menos que 90 años. Casi un siglo. Precisamente en esas nueve décadas se ha producido un cambio general en el mundo que sería difícil de creer para él si nos visitara venido de donde esté. Hoy estaría encantado de explicarse muchos de los enigmas que se le escaparon porque el estudio de la Prehistoria y la Historia Antigua estaban todavía en sus comienzos. Algo que para él hubiera sido inesperado y sorprendente hubiera sido conocer que todo empieza en el Cerro del Berrueco en el Magdaleniense Final, cuando terminaba el Paleolítico Superior y cuando estaba a punto de comenzar la transición a un tiempo que lo cambiaría todo en el ser humano, puesto que de haber sido cazador y recolector pasó a ser en el Neolítico productor con lo que ello conllevó de revolucionario en todos los aspectos. Hasta que el padre Belda encontró el yacimiento de La Dehesa y pudimos investigarlo, apenas se sabía nada de la presencia de aquellos hombres de Cromagnon en nuestras tierras, viviendo de la caza y siguiendo a las manadas en sus desplazamientos. No solo no se sabía nada, también se negaba la posibilidad de que hubiera habido cazadores por aquí de ese tiempo. Se les creía habitantes solo de las zonas costeras, donde el clima de las glaciaciones era más benigno y donde, además, había cuevas en las que guarecerse. Costó que algunos lo creyeran, incluso ante las evidencias contundentes, pero al final no hubo más remedio. No era una hipótesis, era una tesis demostrable que luego ha sido corroborada por los hallazgos de Siega Verde (Salamanca), de Foz Côa (Portugal), de Domingo García (Segovia) y de otros que irán apareciendo. Estos últimos son estaciones de arte rupestre, en las que dibujaban lo que cazaban: caballos, cabras y grandes bóvidos, pero La Dehesa fue un campamento de cazadores, acechantes de las incidencias en el curso de un arroyo afluente del Tormes, hoy pequeño pero con la cárcava bien marcado de haber sido mucho mayor en otro tiempo. Aquellos cazadores dejaron de sus estancias quizá recurrentes, en La Dehesa, una gran cantidad de buriles para la talla del hueso y la madera, raspadores, perforadores e innumerables pequeñas laminitas de silex cuyo uso tal vez estuviera relacionado con la creación de filos en las lanzas arrojadizas de madera con las que abatían a los animales.

Sí supo, sin embargo, el padre Morán de La Mariselva, el siguiente estadio de ocupación del Berrueco (que sepamos), con un paréntesis de unos 8000 años por medio sobre La Dehesa. La Mariselva, en la ladera este del Berroqui-

Paisaje salpicado de rocas del Berrueco en la zona este.

llo, anexo por el mismo horizonte al Berrueco, tuvo su origen en el final del Neolítico, probablemente en los últimos siglos del IV milenio a. C., prolongándose su ocupación hasta finales del III milenio a. C. Muchas veces nos hemos preguntado estando en La Mariselva por la personalidad de sus habitantes enriscados de aquella manera en un laberinto de rocas que apenas dejan espacio para desenvolverse. No eran lo únicos, contemporáneos suyos en los cercanos yacimientos de La Teta (Gilbuena, Ávila), o El Chorrito (Valdesangil de Béjar) vivían en sitios parecidos. Son agricultores y ganaderos que viven en pequeños grupos, habitan cabañas sencillas de forma circular con tan solo unos 6 m de diámetro en las que un hogar preside el centro. Una vida precaria, por lo que sabemos de otros lugares cercanos, que ofrece una expectativa vital por la que solo uno de cada 8 nacidos llegaban a los 40 años, edad en la que sin duda se les considerarían ya auténticos ancianos.

Una de las circunstancias que mejor estudian en el Cerro del Berrueco es la correspondencia de cada una de las etapas que se vivieron allí con una zona determinada del cerro. Es decir que el sitio elegido define bien las características de cada tiempo. Ello confiere a este yacimiento una riqueza científica muy poco usual. La utilización del cono que corona El Berroquillo ilustra bien sobre

las circunstancias climáticas que se vivieron entre el 2200 y el 1800 a.C. y que derivaron en un cambio de orientación económica a favor de la ganadería sobre la agricultura. La altura y autoridad de Cancho Enamorado hablan de la plena y final Edad del Bronce, en la que determinados yacimientos de este tipo parecen mostrar preeminencia sobre otros de ese mismo tiempo instalados en el llano. La meseta suficientemente sobreelevada de Las Paredejas o la de Los Tejares, entre dos depresiones que la sobreelevan, definen el tiempo de la II Edad del Hierro, la época vettona, previa a la conquista romana y la inmediatamente posterior, posiblemente hasta la mitad del siglo I a.C., en el que los castros abulenses cercanos por el este son abandonados en favor de una vida más cómoda en el llano y con otros presupuestos más evolucionados. En el tiempo siguiente a partir del cambio de Era parece que se produce un paulatino alejamiento de las proximidades del cerro que tanto había atraído durante varios miles de años. Me resisto a creer que no sea una mera casualidad. Como historiador no lo puedo asegurar sin muchas pruebas, pero la intuición parece decir que solo se alejan los grupos humanos de la proximidad del Berrueco cuando comienza de una forma más clara el mundo moderno, personalizado en la influencia romana, que termina con una mentalidad basada en principios ancestrales por los que ese lugar poseyó un sentido simbólico que hoy intuimos solo muy de lejos, porque no es fácil ponerse en toda la dimensión de la forma de entender las cosas de ese tiempo.

No lo sé con seguridad, pero intuyo al padre Morán en sus años finales ya en Madrid, en la residencia de los agustinos donde terminó sus días, alejado definitivamente de los sitios que tanto le atrajeron y estimularon, recordando el Cerro del Berrueco con todos sus paisajes. Lo haría desde la calma y la pausa de esos lugares que anteceden al fin, cuando la vida empieza a pesar. Para quienes conocimos bien ese lugar y nos cautivó también, su recuerdo y su atracción será ya para toda la vida una reliquia personal de fascinación y de nostalgia, cuando como el padre Morán nos retiremos de la posibilidad de volver a él y perdernos entre sus rocas, sus encinas, su soledad y sus miles de secretos guardados bajo la tierra.

EL PADRE MORÁN EN LA ZONA DE BÉJAR

Morán habla sobre Béjar en un tiempo en que todavía era una ciudad industrial, con sus fábricas apostadas al lado del río Cuerpo de Hombre y con un gran renombre nacional e internacional. Si la visitara hoy no la conocería, desorientada y sumida en la triste decadencia que la fulmina, con aquellas fábricas abandonadas, en ruinas o desaparecidas de una forma irresponsable, sin

que se haya sabido hacer de la crisis del textil una reconversión, al menos de sus contenedores hacia lo turístico, adaptada a los tiempos de hoy, sus exigencias, oportunidades y sus ofertas. Tampoco la conocería en su trama urbana, su urbanismo desmedido y caótico de hoy, ejemplo perfecto de que nadie planificó con inteligencia la ciudad del futuro cuando aún había tiempo para pensar en que la modernidad que vendría tenía que dejar clara la existencia de dos ciudades en una: la antigua y la moderna, compatibles y complementarias, como se ha hecho en lugares donde se ha planificado el futuro con inteligencia, precisamente porque el futuro acaba llegando siempre. No se hizo entonces y en dos décadas tan solo, ya fue tarde. Hoy Béjar aprueba, si lo hace, con nota baja su calidad de Conjunto Histórico; ha perdido ese tren y se agarra, desesperada, a cada posibilidad que le llega, olvidando que pudo ser un lugar, idóneo para disfrutar del pasado y de la naturaleza juntos y relacionados, ahora que somos más cultos y estas cosas las valoramos como se debe.

Morán creyó que Béjar tuvo un origen prerromano. Es lo que creemos hoy también, con las mismas pruebas que manejó él y con la misma fe, tan solo fe. En eso no hemos evolucionado mucho, porque a pesar del interés no hay nuevos elementos para asegurarlo. Ya cuando él publica su Reseña en 1946 habla de la estela funeraria romana de Valentino, hallada entre los muros de la des-

El cerro de la antigua Béjar, escenario del principio de su historia.

aparecida iglesia de Santa María de las Huertas. Esa sigue siendo la única prueba de que hubo algo anterior, incluso a lo romano constatado por la estela, porque parece rara una fundación romana en un lugar tan escarpado, más propio de un castro prerromano que fuera romanizado después. Pero no conocemos ninguna prueba que no sea la mera deducción basada en ese dato. Nos preguntamos si la causa es la poca potencia estratigráfica del suelo de Bejar, que ha asentado cada una de sus etapas históricas sobre la roca, barriendo los vestigios anteriores. No sería extraño que fuera así y sea esa la causa de la ausencia de información arqueológica. En todo caso aún hay lugares donde se puede investigar y donde algún día lo haremos para ser más concluyentes en este aspecto.

Depresión del río Cuerpo de Hombre, por donde discurría
la Calzada de la Plata.

Poco se sabía en tiempo del padre Morán sobre la comarca de Béjar. Hoy tenemos datos suficientes para trazar de una forma por lo menos elemental lo que fue la trayectoria de esta comarca montañosa, de morfología especial para la vida, durante los últimos 6000 años. Ubicada el norte del Sistema Central, éste la separa de Extremadura dejando angostos pasos que fueron aprovechados por los grupos humanos en su afán de conocer otros territorios, pero sobre todo por la necesidad que les llevaba a abandonar lo que habitaban en busca de nuevos recursos, es decir como hacemos hoy y como haremos toda la vida. Dos pasos comunicaban a esta comarca con el sur y viceversa por los que se movieron las gentes del pasado: el valle del río Cuerpo de Hombre con sus prolongaciones hacia el sur y el valle del Jerte, que deja al viajero sureño en Tornavacas, desde donde las tierras hacia el norte no tienen ya ninguna dificultad. Fantasear so-

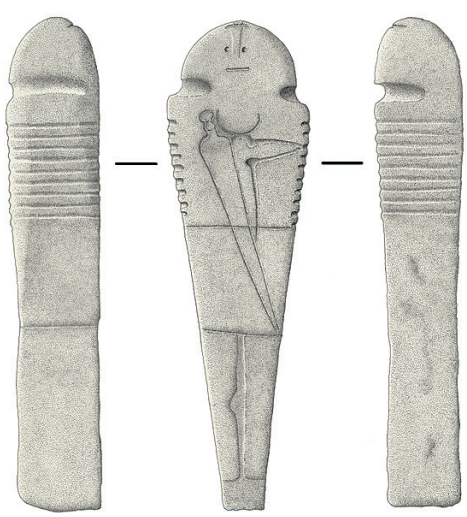
bre el tránsito de gentes por estos dos pasos buscando vidas mejores, negocios, creencias o conflictos, constituye un hermoso ejercicio de imaginación para el que hay que tener una cierta base científica con la que llegar más lejos y verlo más cerca. Los arqueólogos sabemos de los contactos entre pueblos y zonas por las pistas que van dejando, porque la gente trae y lleva objetos, porque la comunicación deja influencias y contagia costumbres y artes diversas. Esas influencias de sur a norte (al parecer más que de norte a sur) durante la Prehistoria y al principio de la Historia han sido más evidentes desde la Edad del Hierro (el 800 a.C. al siglo I a.C.), cuando empieza de una forma decidida la proximidad al tiempo actual y en el que vender y comprar, la guerra o las relaciones entre pueblos, constituyeron ya un factor de gran importancia.

Irrupción de la Calzada de la Plata en el valle de Sangusín desde el alto de La Corvera.

La que pasaría a la Historia como Calzada de la Plata (nada que ver con trasiegos de plata; en todo caso de oro, el Las Médulas, en León o el de Las Cávenes de El Cabaco), sabe mucho de esto a pesar de su silencio actual, solo animado por esos caminantes actuales que quieren sentir las sensaciones que tuvieron tantos viajeros en la antigüedad recorriéndola a pie por donde es posible, ya que las carreteras modernas la han solapado en muchos tramos. Fue una autopista (sin peaje) en tiempos romanos cuando estos, tan adelantados y tan sabedores de cómo organizar la vida económica, invirtieron en la península Ibérica en infraestructuras viarias por las que mover negocios y recursos y crear,

como se dice ahora, riqueza. Antes de que ellos la empedraran en parte y de que colocaran los miliarios que marcaban distancias y glorificaban de paso a los emperadores que hacían obras de mejora, había sido un camino antiguo por el que en otros estadios de la evolución de las sociedades humanas se había movido mucha gente. (¡Cuántas historias perdidas en el tiempo habrá por esos caminos, que posiblemente no sepamos nunca! Historias de ejércitos, de emigrantes, de comerciantes, mercenarios y bandidos, de trashumantes, de gente que no volvió, que murió por el camino…).

El sur, siempre más adelantado entonces que el centro y el norte, tenía uno de sus accesos más significativos por la Vía de la Plata. Tal vez por esa razón en el borde del valle de Sangusín uno de los primeros líderes locales, en el principio de la Edad el Bronce (hacia el 1900-1700 a. C. aproximadamente), hizo tallar lo que en arqueología se conoce como una *estatua-menhir*. Para el tiempo que se trataba fue una obra bien hecha, bien concebida y ejecutada. Puede verse en el museo de Salamanca, aunque se aprecian mejor sus detalles a través de los calcos. Representa a un individuo con sus atributos de poder: espada, alabarda y lúnula (una especie de collar que en ese tiempo solían ser de oro). La estatua representa la fuerza de las armas y también el poder económico de quien lo ostenta, luciendo joyas que no estarían al alcance de cualquiera. Desde su aparición en los años setenta nos preguntamos si sería una advertencia en forma de monumento a quienes llegaban a estas tierras procedentes del sur, un mensaje que les permitiera saber que estaban en los dominios de alguien cuyo poder debía ser tenido en cuenta. O puede que formara parte de un mausoleo en el que honrar la figura de un hombre poderoso en la zona, alguien cuya memoria había que respetar. Todo eso sucedía en ese tiempo complicado e inestable en el que el liderazgo de algunos individuos sobre el resto era motivo de manifestaciones continuas con la intención de consolidarlo.



Dibujo arqueológico de la estela-menhir de Valdefuentes de Béjar.

Todavía le quedaban a esta ruta de comunicación muchos años para llegar a ser el camino que siguieron ejércitos emblemáticos como el del cartaginés Aníbal en el 220 a.C. o los de Roma en la conquista de La Meseta posterior

o los de los musulmanes ya en tiempo más cercano. Sin duda por él bajaron al sur aquellos ejércitos de desheredados vettones y lusitanos prerromanos (convertidos en bandoleros por la dureza de las tierras que ocupaban) a saquear las ricas ciudades romanizadas del valle del Guadalquivir, como cuentan las fuentes, motivo por el que más de una vez recibieron operaciones romanas de castigo.

El valle de San Gil (Valdesangil), escenario de la vida de pastores y agricultores ancestrales.

Antes de todos esos tiempos tan históricos la comarca de Béjar fue un lugar elegido para vivir por distintas culturas, del que no supo mucho el padre Morán. En el valle donde encuentra Valdesangil gentes neolíticas, creemos que sobre todo ganaderas, utilizaron sus pastizales a más de mil metros de altura hacia la mitad del V milenio antes de Cristo. Eran los mismos o parecidos que utilizaron también las llamadas cuevas del Tranco del Diablo, en Béjar, en un paisaje cercano al cauce del río Cuerpo de Hombre, hoy espectacular por su vegetación de robles y castaños, un lugar para perderse en casi todos los sentidos posibles. Tiempo después, hacia el 3500 a.C., todavía en el Neolítico y por tanto aprendiendo poco a poco más las artes de la producción a través de la agricultura y la ganadería, y sin conocimiento todavía del metal, otros grupos ocuparon el cerro de La Corvera, en Navalmoral de Béjar, una atalaya de primer orden que domina visualmente el valle de Sangusín, un lugar que no pasó desaper-

cibido durante otras etapas posteriores, por ejemplo en la Edad del Bronce, en los tiempos de la citada estatua-menhir de Valdefuentes e incluso ya en la Edad del Hierro, en la que fue un punto de control sobre los que llegaban del sur, en tiempos de muchos conflictos y dificultades para los habitantes de la Meseta.

Cuevas del Tranco del Diablo (Béjar) ocultas en el paisaje.

Cuando el padre Morán visitó la comarca de Béjar no se sabían muchos detalles hoy bien conocidos, que hablan de la forma de vivir y de interpretar la vida por las gentes del pasado, habitantes en el mismo sitio que hoy viven los bejaranos y sus vecinos. Nada se sabía de los pobladores de la Edad del Cobre (2900-2200 a.C.) que vivieron en el valle de Valdesangil (El Chorrito), en la zona de Fuentebuena (La Solana) o en toda la de la vecina Becedas, en el valle del río Becedillas, habitantes todos de cabañas circulares hechas de troncos y piedras y recubiertas de barro para aislarlas del exterior, tan sencillas como que su diámetro era tan solo de unos 6 m. Un motivo para la reflexión sobre la evolución de la vida humana. Tampoco se sabía nada de quienes habitaron en el ya aludido cerro de La Corvera de Navalmoral, ahora en la mitad de la Edad del Bronce (hacia el 1700-1600 a. C.), en un tiempo de reajustes sociales, al borde de conocerse el bronce como metal, que ampliaba las expectativas que había abierto el descubrimiento del cobre más de mil años atrás.

El cerro de La Corvera, atalaya principal del valle de Sangusín.

De ese mismo momento tampoco se conocía el cerro del Tranco del Diablo, enigmático desde todos los puntos de vista, en un paisaje de quietud invernal en marrón y de verde intenso en primavera, estimulante de todas las fantasías posibles, que invita en los alrededores de Béjar a valorar lo que a veces, por cotidiano, no se valora: el inmenso capital en paisaje natural, autóctono, exultante y todavía salvaje en la generalidad, digno de ser valorado, mimando y protegido por igual.

Cerro del Tranco del Diablo (Béjar).

No supo el padre Morán, pero le hubiera gustado, conocer algo de las creencias de aquellas gentes, tan faltos de conocimientos científicos y por tanto tan dados a interpretar todo como relacionado con otros mundos que no son los tangibles. No se sabía mucho (hoy tampoco, pero se está en el camino) de rocas con numerosas y pequeñas oquedades artificiales (cazoletas) y otros signos extraños en el valle de Sangusín, piedras que sin una funcionalidad entendible, transmiten datos sobre ritos y creencias ancestrales ligados a rocas especiales, donde a veces se marcan, como es el caso de la del valle de Sangusín pies, posiblemente como una forma de establecer la propiedad o la marca del sitio, en un tiempo en el que no había otra forma de firmar ni notarios para certificar.

Tampoco se podía sospechar en los tiempos de Morán que un lugar tan elevado y tan inhóspito desde el punto de vista de la economía como es la Peña Negra (Béjar),S tuviera huellas de haber sido, sino habitado, frecuentado. Vivir en la Peña Negra no parece tener mucho sentido, pero ascender allí, avistando

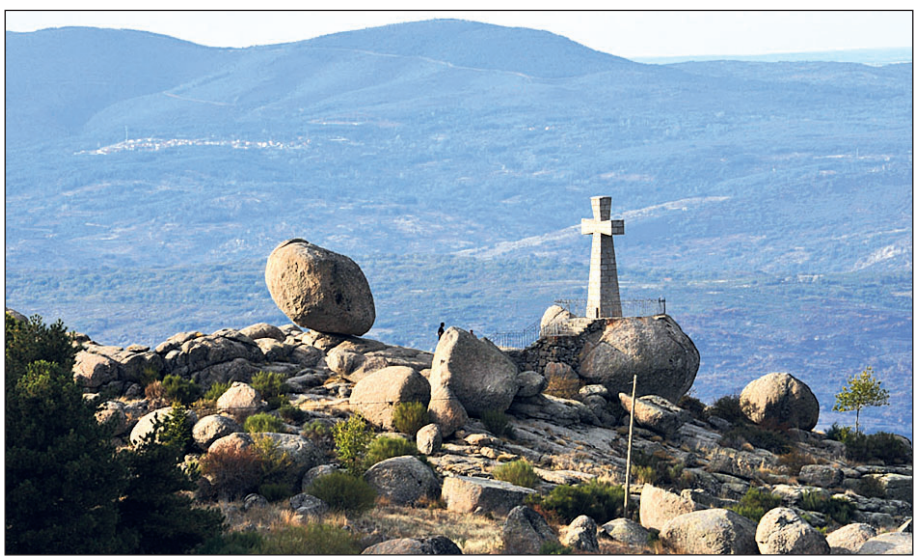
Piedra con cazoletas rituales (Navalmoral de Béjar).

los confines del territorio de toda esta comarca, para llevar a cabo ceremonias o rituales de territorialidad, parece perfectamente posible. Las comunidades ancladas en la Prehistoria de nuestro tiempo practican estas cosas, incluso lo hacemos de alguna manera en nuestro tiempo, adaptando lo que es sin duda la forma de proteger y marcar nuestro territorio, donde vivimos y está lo que nos pertenece y nos posibilita la vida. Es posible que a la Peña Negra acudieran en una especie de romería los habitantes de una determinada zona en un momento señalado del año, atraídos por la majestuosidad del sitio y por la forma cónica de la cima de este monte, circunstancia que tuvo algo que ver en la simbología de las poblaciones que ocuparon esta zona entre el 2200 y el 1800 a.C., en ese

La Peña Negra, sobre la ciudad de Béjar.

tiempo que he aludido más atrás donde una crisis climática cambió la orientación económica de los antiguos agricultores, conminándoles a la ganadería y buscando los pastos de altura.

El padre Morán no dijo nada al respecto, pero un poco más debajo de la Peña Negra, se alza majestuosamente la Peña de la Cruz una roca que tiene que haber dado para muchas teorías en un tiempo en que no tenían una base científica para explicar los fenómenos de la naturaleza. No es casual que exista allí una cruz. En la mayor parte de los casos de este tipo, la cruz significó en su momento la sacralización de un lugar que era objeto de cultos paganos y que la nueva religión, el cristianismo, tuvo que reconvertir para eliminar competencia y erigirse en la creencia oficial. Así se ha hecho siempre que se ha podido con todas las religiones.



La Peña de la Cruz (Béjar). La incertidumbre ancestral de las grandes y enigmáticas rocas.

No se sabía tampoco mucho de las tumbas excavadas en la roca que hoy conocemos en las inmediaciones de Béjar, en Navalmoral, en Santibáñez, en Sorihuela o Horcajo de Montemayor, por más que nunca hayan permanecido ajenas a los campesinos, que las adjudican a los moros, como todo lo que no aciertan a saber su tiempo. No fueron los moros los que las tallaron. Fue en el tiempo visigodo y en los siglos que median entre la invasión musulmana del 711 y la conquista cristiana de la zona y la posterior repoblación con gentes de otros lugares ya en el siglo XI. En todo ese tiempo complicado e inestable,

estas tumbas (que merecerían una consideración mayor desde el punto de vista de la exhibición y la difusión) aparecen en los paisajes serranos talladas con mayor o menor fortuna en el duro granito. En un tiempo en el que los documentos escritos no proliferaban, porque saber escribir no era la norma, estas tumbas -como en su día de alguna manera fueron los dólmenes- serían marcas de propiedad territorial reconocidas por la sociedad. Las encontramos a veces dotadas de una cierta poesía, representando a un hombre y a una mujer juntos que estuvieron en la vida y quisieron estarlo también en la muerte, como es el caso de la tumba de Valcerezos en Horcajo de Montemayor o de Valvaneda (Sorihuela). Ocupan paisajes idílicos de paz, donde visitar estas cosas produce sensaciones especiales.

Tumba doble excavada en la roca de Valcerezos, en Horcajo de Montemayor.

A poco de iniciados los años cuarenta del siglo XX el padre Morán dejó atrás sus correrías arqueológicas y, recluido en Madrid, primero en el colegio de Ntra. Sra. del Buen Consejo y finalmente en la residencia de los agustinos, guardó para siempre sus vivencias con los campesinos salmantinos, primer eslabón hasta el mundo de hoy de la cadena de evoluciones que iban a desencadenarse de la forma vertiginosa que han llegado a nosotros. Su labor la valoramos hoy dentro del contexto de su tiempo, sin dejar de creernos continuadores de lo que él emprendió y sabiéndonos habitantes del camino que seguirá adelante con el mismo entusiasmo que aquel hombre desbordó.